



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo IV

versos de Zorrilla

Al rededor del estilo

XII

DURANTE años le he guardado cierta aversión a D. José Zorrilla, el poeta; casi tan grande como la que él se la guardaba a Bécquer. Y eso que Zorrilla encantó los años primaverales de mi mocedad y meció no pocos de mis ensueños juveniles. Y aunque ya lo he contado en mis *Recuerdos de niñez y de mocedad*—¡infortunado librito!—, quiero repetir cómo, cuando estudiaba yo Retórica y Poética, en el curso de 1876 a 1877, al empezar la mal llamada Restauración, solía encaramarme a un membrillo de la huerta de la ribera de Deusto, en que pasaba, con mi abuela, mi madre y mis hermanos, el verano y el otoño, hasta cerca de Navidad, y encaramado en aquel membrillo declamaba los ejemplos que de Zorrilla traía el librito. Y declamando así aquello de:

«¿Qué quieren esas nubes que allí arri-
[ba se agrupan
del aire transparente por la región
[azul?...»

—y ya está aquí el hipérbaton de que huía Rubén—y lo de:

«el ruido con que rueda la ronca tem-
[pesta»

espantaba a los pajarillos y no les dejaba ni gorjear ni picar los membrillos. Verdad es que no eran «gorjeos del ruiseñor gentil».

¡Lo que me encantó «Margarita la

tornera»! Pero luego di, no sé bien por qué—aunque sí lo sé, y trataré de explicarlo más adelante—, en execrar de Zorrilla, del ruiseñor gentil y decir y repetir que sus gorjeos no creaban nada, no eran poesía. Y no más que música de tamboril. Y para ejemplificarlo aducía unos versos suyos, de «A buen juez, mejor testigo», me parece, que aprendí en el membrillo. Los que dicen:

«Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y un año pasado había,
mas de Flandes no volvía
Diego que a Flandes partió.»

«¿Qué hay aquí de poético?—decía—. ¿Qué metáfora? ¿Qué emoción? ¿Qué sentimiento?» Hasta que un día, diciéndoselo a mi buen amigo Paco de Cossío—fué en Valladolid, la patria del ruiseñor gentil—, me dijo: «¿Y por qué se le han agarrado a usted esos versos a la memoria? ¿Por qué los repite? ¿Por qué los recita así?» Y tenía razón. Esos versos echaron raíces en mi memoria—y no sólo en ella—y agarraron allí, porque tienen estilo, porque son ellos, porque son música creadora.

«Pasó un día y otro día...» No es que pasaron varios días, no, sino uno y otro... «Y un mes y otro mes pasó...» Así pasan. «Y un año pasado había...» Este ya no pasó; había pasado. ¿Por qué el pluscuamperfecto en vez del pretérito perfecto? Pero dejemos cosas feas. Pues un sastre Génova que había en Bilbao





—cuando yo era niño nos dijo una vez que la palabra más fea que hay en castellano es *pluscuamperfecto*. ¡Como que no es castellana! ¡Como que carece de estilo! «Mas de Flandes no volvía...» «No volvía», y no, «no volvió». Pero... ¿para qué este análisis? Después de él queda la cosa peor, mucho peor. Recitad los versos a uno que no sepa español y los entenderá en sustancia.

¿Por qué se me agarraron a la memoria? Y no se me agarran a ella versos propios, versos que he escrito yo mismo. ¿Será acaso porque no son de mi estilo?

Un día del verano pasado, el de 1923, estando en Zudanca, orillas del Nansa, y en la casona misma que describe Pareda en su *Peñas arriba*, le oí a Pepe Vela recitar estos versos:

«Mira que es largo el camino,
y corto, muy corto, el tiempo;
parar en cada posada
no podemos.»

«¿De quién son esos versos?», le pregunté. Y él, sorprendido: «¡Pero si son de usted, maestro!» Los había olvidado, y me sonaban como de fuera. Y no por el concepto, no, sino por la música.

Y hoy mismo mi mejor amigo de aquí, de Fuerteventura, le ha hecho que le lea, mostrándomelos en una copia manuscrita, aquellos versos de mis *Poesías* que se rotulan: «Muere en el mar el ave que voló del bosque», y de los que dice Salvador de Madariaga que son «hermoso poema en el que la emoción y el pensamiento aparecen fundidos en una forma exquisita». ¿Exquisita?

Exquisito, de *exquirere*, quiere decir escogido, y acaso más bien rebuscado. ¿Dónde está la exquisitez de esos misversos? Yo no lo sé. Y hasta ni me parecen míos; ni me parece que son de mi estilo.

Pero, ¿conoce uno su propio estilo? O sea: ¿se conoce uno a sí mismo? He aquí un problema. Y tanto más difícil de solución cuanto uno es más pueblo, cuantas más antagonías y contradicciones encierra en sí, cuantas más discordancias concordantes. Porque esto es el ritmo, o sea el estilo, la concordancia de las discordancias.

Y en tanto, dejemos que los mentecatos confundan el ritmo con el compás y no reconozcan otra música que la bailable. Llevan el compás con los pies. Cuando no, con una cana de medir tela de sacos.

Miguel de UNAMUNO

